

Josep Carol en mi camino (o el aliento de la Palabra)

Por la vida se puede caminar o deambular. Hay quien se pasa su vida deambulando y hay quien camina a su través con paso firme. A veces, muchas veces, ambas acciones se alternan de manera aleatoria, dependiendo del estado de ánimo, de la claridad de ideas, del enfoque visual o mental del tiempo por venir o del camino por recorrer. Cuando se deambula, se avanza en una suerte de rutina mecánica, confortable en ciertas ocasiones pero a menudo anodina o incluso frustrante, sin más objetivo ni pretensión que el hacer frente al día a día —que ya es mucho— o, en casos más dramáticos, sobrevivir hasta el nuevo día —que ya es muchísimo—. Cuando se camina, la actitud es otra, más activa y atenta al paisaje que se atraviesa y a los acontecimientos que sobrevienen durante la travesía, más orientada a un fin o, si se quiere, animada por una imagen voluntarista —poco importa que sea real o no— de algo que creemos que puede ser el fin, o uno de los fines, de nuestro fugaz paso por la vida.

Echando la vista atrás para revisar el trayecto ya recorrido, y aun a riesgo de enredarme en las trampas que la memoria nos tiende para suavizar los errores cometidos y sobrevalorar los aciertos, tiendo a pensar que en general me he sentido más ‘caminante’ que ‘deambulante’ y, aunque creo poder identificar las fuerzas que me han empujado a caminar, no tengo tan claro qué parte de las mismas se ha alimentado de lo posible y lo realizable y qué parte lo ha hecho de lo fantaseado y lo inalcanzable. Sea una u otra la fuerza dominante, la palabra escrita ha ejercido una tracción constante en mi camino, como un implacable y por veces obsesivo motor de arrastre, silencioso y discreto en su manifestación externa pero intensamente explosivo en lo interno. En una primera época lo fue la palabra escrita por otros, masticada, digerida y transmutada en un mundo propio a través de la lectura. Pero a partir de un determinado momento, justo en mi paso a la adolescencia, la lectura dio paso a la escritura, el deseo de imaginar lo que otros han concebido cedió al deseo por imaginar que yo también podría concebir mundos propios y compartirlos. A una persona en concreto debo esta evolución en mi camino, esta íntima metamorfosis de entregado lector a aprendiz de sastre de la palabra, sea para fabular sobre lo inexistente, sea para trenzar opiniones acerca de lo existente: a Josep Carol.

Josep Carol es, primero, escritor, y después martorellense, catalán, español, universal. Cada bloque cabe en el siguiente, sin fricción, en armonía. Esa habilidad suya para poder, sin roces, encajar su obra —y sobre todo encajarse como persona— en cada una de ellos dice mucho de su categoría humana, que trasciende a su dimensión creativa y, en mi opinión, la ha enriquecido. Es, además, una habilidad particularmente valiosa, por escasa, máxime en los tiempos que corren, en los que los bloques tienden a superponerse, a chocar

entre sí, a quebrarse por los cantos y, en algunos casos, a erosionarse hasta deformarse.

Conocí personalmente a Josep Carol en 1976. Tenía él 47 años y yo 14. Era él ya un escritor consagrado a nivel nacional, en la madurez de su proceso creativo y, cosa no menos importante, figura reconocida y premiada, que atesoraba en su zurrón el prestigioso Café Gijón de novela corta. Era yo un estudiante con querencia por las letras aunque inmaduro, necesitado de orientación y estímulo. Ambas cosas me las regaló Carol desde el mismo día en que le saludé, por primera vez, en la entrega de premios del Día del Libro de aquel lejano 1976, un concurso celebrado entre todos los escolares de Martorell, y que tuve la inmensa fortuna de ganar. Me permito el exceso de calificar de ‘inmenso’ ese hecho puntual, no por cuenta de la imagen o el prestigio que ese tipo de reconocimientos puede aportar —efímeros por definición, y más en esa etapa primera en la que el ego apenas ha despertado—, sino por lo que supuso para mí como revulsivo para ganar confianza y como catalizador de mis inquietudes, aún incipientes, por la escritura. Ambos efectos se manifestaron de la mano de los comentarios y consejos de Josep Carol, muy en especial, y también de las palabras de apoyo y posteriores recomendaciones de lectura de un ilustre invitado a la ceremonia de entrega de premios de aquel año, Josep María Gironella, en el apogeo de su fama como escritor.

Decía Carol —en uno de los trescientos sesenta y cinco aforismos contenidos en su libro CADA DÍA CON MINERVA— que *“talento y talante se parecen mucho. Y es que tan valiosa es la inteligencia como el carácter”*. Lo hiciera consciente o inconscientemente —intuyo que hubo más de lo primero que de lo segundo—, el impagable regalo que me dio Carol aquel año, y durante muchos más desde entonces, a través de sus palabras —siempre generosas y motivantes— pero sobre todo de su ejemplo, fue el de formar parte, junto a mis padres, algunos de mis maestros y poco más, de uno de los cuatro vientos que en su opinión inciden en la conducta humana, que no es otro que el ambiente que respiré durante mi época de aprendiz de adulto, ese ambiente que, como él afirmaba, *“determina el carácter”*, y que, en el caso de Josep Carol, lo hizo para fortalecer mi autoestima aportándome un plus de seguridad en el valor de lo que escribía. El juicio externo que se me pudiera hacer en cuanto a mis capacidades o a mis carencias no ejerció, ni de lejos, el mismo poder vigorizante que el autoexamen interno que me apliqué en adelante sobre mi forma de hacer y de ser, sobre mi talante y sobre mi carácter. Ese fue el cambio que operó en mí a través de las palmadas mentales que Carol me dio en más de una ocasión.

Conservo, como parte fundamental de mi pequeño patrimonio vital, breves pero impagables trazas de su paso por mi camino de madurez. En una de ellas —corría el año 1977—, un Carol ya plenamente aplicado a su

vocación/profesión de escritor, de la que se confesaba orgulloso —*“una carrera difícil, mas hermosa en extremo”*— me hacía comprender, de una manera sutil pero certera, que los itinerarios a escoger en la vida pueden ser tan diversos como las vocaciones de que se nutran, pero que por encima de todo ello hay un elemento imprescindible que nos define como personas —a la postre, lo único que somos— y que da sentido a nuestro caminar: *“Llegues o no a ser escritor, lo fundamental, lo definitivo en la vida es que lo que hagas lo hagas con entrega de tu mente y de tu corazón. Todas las actividades son importantes y necesarias. Nuestra obligación moral es cumplir lo mejor posible con la que elijamos voluntariamente o nos impulsen las circunstancias. La obra —la que sea— ha de estar siempre bien hecha”*. Toda una declaración de principios —apuntalada en unos cimientos morales de los que Carol ha nutrido siempre su obra y su ideario— contenida en unas pocas frases manuscritas dirigidas a un adolescente a punto de cumplir dieciséis años, en tránsito, como corresponde a la edad. Frases preñadas de sentido común, pero poco comunes de escuchar. Muletillas sólidas y, sobre todo, oportunas y útiles para aleccionar un carácter en formación. *“Estudia, lee, conversa, diviértete. En una palabra: vive lo más plenamente. Y que el destino te sea propicio”*, me aconsejó Carol en aquel entonces, y a ello me he aplicado lo mejor que he sabido, consciente siempre de que la voluntad y el azar juegan juntos en la manera en que se conformará nuestro destino, en la suerte que nos tiene deparada esta partida sin guion que es la vida.

Escritor de prosa sobria pero capaz de hacer comprensible y cercano lo complejo, pensador agudo y reflexivo, infatigable lector, cronista de la realidad antes que protagonista, buena persona. Así he conocido yo a Josep Carol, desde mi juventud hasta este momento presente, cuatro décadas después, un tiempo físico y vital transcurrido en paralelo al devenir de los Premios Vila de Martorell, quizá su mejor legado sin ser lo único que de él apreciamos, quizá su mejor obra sin ser únicamente suya. Es cierto que acumular cuarenta años de ininterrumpida fiesta de la palabra requiere, aquí y en cualquier otro lugar, del compromiso recurrente de una tríada de voluntades —instituciones, jurado y participantes— que estén dispuestas a renovar, año tras año, como lo han hecho en Martorell, su voto de fidelidad a un proyecto. Pero no es menos cierto que la sola voluntad, sin calidad, aboca con frecuencia las mejores intenciones a una vida efímera. Este no ha sido el caso de los Vila de Martorell porque Carol tuvo el acierto y la visión de apostar por la calidad de un jurado de primer nivel —que presidió hasta hace bien poco—, algo que constituyó un eficaz acicate para atraer obras de nivel. Un círculo virtuoso más fácil de barruntar que de poner en marcha y que todavía sigue hoy retroalimentándose como el primer día, para bien de este certamen. Con todo, la mayor apuesta de Carol, esa por la que este pueblo ha adquirido con él para siempre una deuda de gratitud, tuvo como diana la búsqueda de la vocación literaria —se manifestara ésta en catalán o en castellano, otra feliz singularidad que tantos frutos ha rendido— que pudiera latir entre las gentes del propio pueblo, una apuesta que

le enlazaba con aquel Carol que forjó su propia vocación durante su juventud martorellense. Sólo la perseverancia de Josep Carol y su resistencia al desánimo en los primeros años de pobre participación consiguieron abrir una senda despejada por la que cada vez más adultos y jóvenes locales se atrevieron a transitar, algunos brevemente, otros con más continuidad e incluso proyección, todos sin distinción con la necesidad de explorar y poner a prueba su dominio de la palabra. Los Vila de Martorell, sin ese eje local tan inusual, no serían los premios que hoy son. Mi interés por la escritura, sin los Vila de Martorell, no hubiera sido de la misma intensidad. Y la mano amiga de Carol detrás, siempre detrás.

He leído muchos —que no todos— de los escritos ‘carolingios’ que han visto la luz, surgidos de la pluma de un intelectual honesto, riguroso y exigente consigo mismo que ahora, a sus ochenta y cinco años de edad, confiesa haber dejado de escribir porque ya ha dicho *“todo lo que tenía que decir”* y porque *“si no se escriben cosas de calidad, mejor no escribir nada”*. De la tenacidad y atrevimiento del Carol más humanista surgió el citado CADA DÍA CON MINERVA, que lo recomendaría sin dudar, por lo destilado, sintético y profundo de los pensamientos que contiene, una sana gimnasia para la mente y el espíritu. ENTRE LA ESPADA Y LA PARED, su libro-entrevista a diversos personajes, fue y sigue siendo otro de mis preferidos y siempre despertó en mí una envidia sana por lo que significaba de capacidad de acceso al yo interior de un selecto número de españoles de la época —no a todos los que él hubiera inicialmente deseado, como nos recuerda amargamente en su prólogo—, cada uno de ellos acreditando un interés intelectual, cultural o artístico indiscutible. Hay más, mucho más. Su bibliografía está laboriosamente relacionada en un sentido libro-homenaje a su figura, de 2009: LA PASIÓN POR LA PALABRA.

Pero, de entre toda la contribución de Josep Carol a la literatura, es su novela LA RIADA la creación que más me ha influenciado. En primer lugar, por su dominio de la tensión narrativa y la capacidad de generar el crescendo emocional que lleva de la calma que precede a la tormenta hasta su trágico estallido, en una vorágine de lodo, agua e instintos humanos primarios. Y, en segundo término, por razones íntimas y personales, dado que yo mismo, junto con mis padres y hermano, vivimos y sufrimos en primera persona el miedo y la catarsis provocados por unas históricas inundaciones que se llevaron nuestro hogar y pertenencias cuando anegaron la parte baja de mi pueblo, Martorell, en el año 1971, unos hechos semejantes —aunque menos dramáticos— a los que sirvieron de inspiración a Carol, acaecidos en el Vallès el otoño del año 1962. Avanzando por las páginas de ese libro no esperaba encontrar una crónica de aquello que nosotros vivimos en directo —porque las circunstancias y el contexto eran otros— pero sí que pude evocar lo que podría haber sido nuestra experiencia si la crecida del río se hubiera producido en plena noche, mientras dormíamos, y no a media tarde, como afortunadamente ocurrió. Esa capacidad de transmutarme de lector a sujeto de la propia obra fue lo que más me

conmovió de aquella lectura y el logro que más aprecié del saber hacer de Josep Carol en su uso de la palabra.

Acabar de leer por vez primera LA RIADA y entender lo que realmente significaba ser escritor fue todo uno. Comprendí la diferencia entre redactar bien y narrar, entre narrar y entretener y entre entretener y emocionar. Y atenué la ambición de emocionar al mundo —éxito reservado a unos pocos— asumiendo la más modesta y discreta —pero no menos gozosa— tarea de intentar emocionarme a mí mismo, haciendo mío el consejo que Carol daba, a quien quisiera escucharle, en una atinada reflexión sobre su oficio, disfrazada nuevamente de aforismo: *“Todo escritor escribe para que le lean otros, aun cuando a veces los otros no sean más que uno: el otro yo del escritor. En realidad, sólo es escritor quien sabe leer desde fuera lo que está escribiendo desde dentro, por lo que se convierte en conciencia de sí mismo”*. Y fue de esa manera como, al fin, fijé el rumbo en mi camino para aprender a ‘leerme’ con la entrega y la atención que siempre anhelé de los lectores que me hubiera gustado tener y para lograr algún día emocionarme —y, quién sabe, emocionar— con el residuo escrito de mi imaginación.

No he dejado de recorrer ese camino, acompañado de muchas otras lecturas, de otros autores, de nuevas vivencias. Pero el aliento de la palabra de Josep Carol sigue caldeando mi anhelo por dar con la fórmula mágica de la emoción escrita, al tiempo que continúa lustrando el retrovisor por el que miro, sin girarme, a mis orígenes.

¡Gracias, maestro!

Francisco J. Lozano

En Martorell, a 26 de febrero de 2015